

## APUNTES PRESENTADOS POR LUIS RAMIRO BELTRAN, COMO "PANELISTA", SOBRE LAS EXPOSICIONES DE JAIME REYES Y LILIANA CARRILLO EN EL FORO DE PERIODISMO CULTURAL REALIZADO EN LA VII FERIA DEL LIBRO 2003

En la percepción de JAIME REYES, el periodismo cultural boliviano sufre de carencias en lo cuantitativo y en lo cualitativo. Anota él que la atención hacia la actividad cultural es claramente mayor en la prensa que en la radio y mucho mayor que en la televisión. Pero en la propia prensa - lo señala - la cobertura de lo cultural tiende a reducirse a la presentación incompleta de una agenda de actividades. Y hay - añade - pobreza en materia de géneros y formatos al abundar los sucintos y superficiales y escasear los que permiten profundización, como el reportaje, la crónica y el ensayo. Así - concluye - lo informativo predomina excesivamente sobre lo interpretativo, puesto que hay falta de opinión crítica.

Estas observaciones me parecen atinadas. Hallo conveniente que el periodismo cultural se empeñe por forjar un equilibrio razonable entre la función de información, caracterizada por la noticia, y la función de reflexión, caracterizada por el comentario. Es obviamente útil proporcionar al lector datos sobre la actividad cultural. Pero no es suficiente. Hay que brindarle también apreciaciones, dudas y orientaciones que puede acoger o no, pero que lo estimularán a pensar, a no quedar limitado al consumo pasivo de la información.

Reyes reconoce la existencia de dos enfoques en el periodismo cultural. El tradicional que se dirige al segmento de público entendido como minoría ilustrada y que privilegia la temática artística y literaria de refinado jaez; este enfoque corresponde a lo que se suele calificar de "cultura elitista". Y el enfoque innovador que pone atención preferencial sobre las manifestaciones culturales de la mayoría de la población que, no por ser menos educada, puede ser tomada por menos creativa ni menospreciada como si no fuera también importante; la correspondencia en este caso es con la llamada "cultura popular". No toma Reyes partido entre esas dos posiciones.

LILIAN CARRILLO si toma partido en favor de un periodismo cultural francamente inclinado a dar prelación a la "cultura popular". Critica a los periodistas culturales por haberse mantenido por décadas alejados de la cultura del pueblo y confinados a construir "*un mundo propio donde nada malo podría ocurrir y donde todo se justifica en nombre de la ilustración y las bellas artes*". Censurando a la prensa dirigida a los privilegiados que ocupan la cúspide de la pirámide de la sociedad, ella aboga enfáticamente porque, junto a ocuparse de la música clásica, la gran literatura y la pintura de consagrados artistas, el periodismo cultural se ocupe preferencialmente de muchas otras formas de la rica y polifacética expresión cultural del país, como son las fiestas típicas, el movimiento "rave" y la moda juvenil. Aparentemente convencida de que tal cambio de enfoque ya está en marcha en la escena boliviana, Camillo desahucia a los "*textos extensos, eruditos y atemporales que atesoraba una sección cultural*" y afirma que muchos medios de comunicación han ampliado significativamente su alcance hacia ámbitos de la cultura popular. Pero lamenta que no pocos órganos de prensa escrita todavía den insuficiente importancia a la información cultural en general por no considerarla incluida en el marco de interés primordial del público lector. Y propone que el periodismo cultural se sustente en la investigación y haga crítica valorativa de la actividad cultural.

Quiero creer que no habrán muchos que tiendan a oponerse al planteamiento de la redactora cultural del diario La Prensa. Me encuentro entre los que están de pleno acuerdo con que el periodismo no permanezca confinado al quehacer cultural de la minoría de los ciudadanos y

se acerque también al propio de la mayoría de ellos. Así, llegando equitativamente a ambos, podrá contribuir a integrar el conocimiento, la valoración y el fomento de la múltiple y diversa naturaleza cultural de Bolivia. Sin embargo, creo que, al propiciar la transición con ese rumbo, debe evitarse la caída en el maniqueísmo, admitiendo el hecho de que, siendo distintas, la "cultura elitista" y la "cultura popular" no son incompatibles ni mucho menos, antagónicas.

Similarmente, es importante también integrar, por tanto, con ecuanimidad la información y la reflexión en el tratamiento periodístico de la actividad cultural. No tendría sentido que la más alta proporción del material cultural periodístico correspondiera a la noticia y la ínfima al comentario. Las noticias culturales, frescas y fugaces, tienen su ámbito preferencial en las columnas de los diarios. Los análisis pormenorizados y las glosas doctas tienen como recinto apropiado las revistas especializadas. Y, en posición intermedia, las crónicas y los reportajes - a menudo mezcla de información con reflexión - tienen por hábitat óptimo a los suplementos dominicales de los diarios. El buen periodismo cultural que va dirigido a todas las esferas del público, atiende con esa variedad de recursos las necesidades específicas de los segmentos poblacionales pertinentes. Y, de otra parte, tampoco lo cuantitativo debiera prevalecer sobre lo cualitativo.

La propuesta de la aproximación del periodismo a la cultura popular corresponde, sin duda, al ya no nuevo pero sí irrenunciable ideal de democratizar la comunicación que creo que inspira el planteamiento de la expositora. Ha de ser muy importante cuidar de que ello sea así en efecto y a plenitud. ¿Por qué? Porque no luce imposible que el acercamiento aparentemente desinteresado de la prensa al pueblo fuera en realidad producto del interés mercantil que caracteriza hoy a no pocas empresas de comunicación masiva envueltas, desde hace cuando menos diez años, en fuerte competencia para asegurarse público y captar lo más posible de la escasa financiación publicitaria. Para defenderse de la creciente y avasalladora influencia de la televisión los diarios vienen optando cada vez más por formas de periodismo esquemáticas y fragmentarias en contenido y gráficas y espectaculares en forma. Extensos y sobrios como suelen ser los suplementos literarios, han ido desapareciendo de la escena boliviana sea al morir unos diarios o al ceder otros de ellos más espacio a la política, a los deportes y a la farándula; los intelectuales tienen cada vez menos vehículos de expresión. Bajo tales circunstancias, la banalidad y el sensacionalismo no siempre están ausentes. Y así hay el riesgo de que en determinadas instancias, el intento de hacer periodismo cultural popular pudiera confundirse con el propósito de vender más a cualquier precio.

Por otra parte, debiera evitarse que el ya menguado periodismo cultural llamado elitista - ahora confinado a dos revistas y a tres o cuatro diarios del país que aún tienen suplemento literario - siga decayendo y llegue al peligroso punto de desaparecer. Y es que si es deseable y plausible que la mayoría gane acceso al terreno del periodismo cultural, no es menos justo que la minoría conserve sus opciones en el mismo.

Por divulgar se entiende por lo general hacer que algo llegue hasta el vulgo, en este caso, poner al alcance del pueblo raso los productos culturales de la élite. Esto ocurre ya pero en muy pequeña escala y, por tanto, es deseable que ocurra en escala mayor. Pero no es menos deseable que se obre intensamente en la dirección inversa: hacer que los productos culturales del pueblo sean difundidos entre los integrantes de aquella élite. Esa es la simbiosis - la articulación nacional no material - que el periodismo cultural debiera propiciar entre nosotros.

La producción creativa y la reproducción divulgativa de bienes culturales deben marchar de la mano hacia adelante por el bien de Bolivia.